

## XV.

## EL ANGEL TUTELAR DE HIDALGO.

Gil Gomez no habia perdido un solo momento de vista al nuevo misterioso insurgente, segun la orden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demas.

Una mañana Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gomez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacia algunas horas que no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de *Charcas* y era muy probable que antes de llegar al Venado se encontrase una aldehuela ó cuando menos alguna posada.

A poco rato el jóven descubrió á la falda de un montecillo, una casa que seguramente debia ser lo que buscaba; corrió á ordenar á Allende de parte de Hidalgo, guíase adelante al ejército, mientras éste se quedaba acompañado de él y otros dos oficiales, en la casa para tomar reposo y alimento, despues de lo cual le alcanzaria.

El ejército siguió adelante: Gil Gomez se adelantó á la venta para hacer disponer lo necesario.

Hidalgo acompañado de dos oficiales le seguía á paso lento. Cuando el jóven detuvo su caballo delante de la venta, salia de ella lanzándose al galope el pálido desconocido.

Gil Gomez al verle dió un salto como si hubiese visto una serpiente.

El caballero lanzó una insultante mirada de desprecio y de satisfaccion hácia el camino por donde Hidalgo se acercaba.

—No sé qué especie de terror me inspira ese hombre; algun mal me va á hacer, murmuró el jóven entrando hasta el patio de la venta.

Un profundo silencio reinaba en ella y parecia que nadie la habitaba.

—¡Ah! de casa, gritó Gil Gomez con toda la fuerza de sus pulmomes.

Pero nadie se movió.

—¡Diablo! parece que todos duermen ó todos se han muerto aquí; pero entonces, ¿qué es lo que hacia en esta inhabitada mansion ese misterioso viajero?

Y volvió á llamar con igual estrépito.

Al cabo de un rato se presentó el hostelero, hombre de buena presencia y franca catadura.

—Buenos dias, señor huésped, dijo el jóven con afabilidad siguiendo su método de procurar caer en gracia á los posaderos.

—Téngalos vd. muy buenos, señor capitán, respondió éste.

—¿Han pasado por aquí los insurgentes?

—Sí, señor capitán, no hace media hora aún que han pasado. ¿Va vd. á incorporarse con ellos?

Gil Gomez, no conociendo el color político de su huésped, no quiso aventurar una respuesta y eludió la pregunta diciendo con una completa indiferencia:

—Yo vengo desde Zacatecas y me dirijo á el Saltillo, donde ellos probablemente se dirigen.

—Sí; eso ha dicho un oficial que acaba de partir hace un momento.

—¡Ah! un oficial, ¿y qué ha venido á hacer por aquí ese oficial? preguntó el jóven aparentando tranquilidad.

—Diablo, á proporcionarme un buen negocio, puesto que me

ha pagado de una manera espléndida y adelantado, el almuerzo de unos viajeros que no deben tardar en llegar.

—¡Ah! ¿con que ha pagado adelantado el almuerzo de unos viajeros? ¡qué franco es!

—Sí; pero ha hecho mas, me ha dicho que uno de esos viajeros es un anciano muy desganado para comer y que solo algunos platos que él sabia muy bien, prueba.

—Debe ser muy su amigo.

—Así me lo ha asegurado, de manera que despues de haberme preguntado hácia qué parte se hallaba la cocina, ha corrido á ella dejándome como dicen, con la palabra en la boca, para probar él mismo la clase de alimentos que hay, que no son por cierto muy numerosos.

—¿Pues cuántos platos hay para el almuerzo?

—Dos solamente, señor capitán, *mole y frijoles*.

—¿Y han sido de su gusto?

—Parece que sí, porque ha salido de la cocina, encargándome que podia presentarlo todo en la mesa, sin necesidad de preparar otra cosa, seguro de que habia salido airoso.

—Pero ya caigo quién es ese solícito viajero, debe ser uno que partia cuando yo llegaba.

—Cabalmente, porque luego que ha visto que la mesa estaba servida, y todo listo, ha vuelto á montar á caballo y ha partido.

—¿Qué señas tenia?

—Era un señor de media edad.

—¿Con el cabello casi rojo?

—Sí señor con el cabello casi rojo.

—¿Muy pálido?

—Muy pálido.

—¿Montado en un caballo negro?

—Sí señor, negro como la noche.

—Vaya; pero cualquiera diria al oírnos hablar, que nuestro oficio es ocuparnos de las vidas ajenas, dijo Gil Gomez enjugando el sudor que la congoja y el temor hacian brotar á su frente.

—Es muy natural la conversacion entre los viajeros y los posaderos y yo soy precisamente de los más charlatanes, dijo el

huésped que en efecto parecia á primera vista un hombre franco y decidior, muy al tanto de los negocios posaderiles.

—Lo mismo soy yo.

—Así me parece, señor capitán; pero vd. querrá tal vez almorzar, ¿no es verdad?

—Aguardaré á esos viajeros de quien ha hablado á vd. el franco caballero, pues no tengo prisa y no gusto de almorzar solo jamás.

—Está bien, voy á poner á vd. su mesa en el mismo cuarto, dijo el ventero yendo á ejecutarlo.

A ese tiempo sonaron en el camino las pisadas de algunos caballos.

Eran Hidalgo y los dos oficiales que le acompañaban.

—¿Ha encontrado vd. algo? capitán, preguntó éste.

—Sí señor, y he encontrado mas de lo que hubiéramos deseado ciertamente.

—¿Bueno! veo que es vd. igualmente diestro en asuntos bucolicos, que en asuntos guerreros.

Y todos se dirigieron al sitio donde les conducia sombrero en mano el ignorante y obsequioso posadero que creia haber hecho un buen negocio.

—Señores, suplico á vdes. me dispensen una palabra, dijo Gil Gomez dirigiéndose á los oficiales y llevando al cura Hidalgo á la pieza en que se habia servido el almuerzo, mientras que aquellos, cogidos amistosamente del brazo se paseaban por el áncico y destartalado corredor.

Gil Gomez cerró la puerta tras sí y se acercó á la mesa sobre la que se veian humeando en groseras fuentes los dos guisotés de que acababa de hablar el posadero: el jóven acercó á ellos su vista durante algun tiempo.

—Vamos, ¿qué hace vd., capitán, le disgustan acaso esos platos? preguntó sonriendo Hidalgo.

—Un poco, señor.

—Pues somos de un gusto enteramente contrario, porque yo amo con delicia las comidas nacionales. ¡Ea! no hay tiempo que perder, tomemos alguna cosa, que tenemos que alcanzar al ejército antes de llegar al Venado.

—No, señor, vd. no tocará esos platos, exclamó Gil Gomez.

—¿No tocaré ninguno de esos platos? ¿y por qué? capitán.

—¿Por qué? porque esos platos están envenenados.

—¿Envenenados?

—Envenenados, si señor.

—¿Pero por quién?

—Por el sospechoso desconocido que ha llegado á esta posada un cuarto de hora antes que yo y partía á todo escape cuando yo me acercaba.

Hidalgo hizo una exclamacion de sorpresa.

Al cabo de un rato de silenciosa estupefaccion, preguntó.

—¿Pero cómo lo ha sabido vd., jóven?

—El posadero es un simple que me ha referido lisa y llanamente, que ese hombre ha llegado aquí pidiéndole tuviese preparado un almuerzo para unos viajeros que debían llegar dentro de un momento, ha pagado adelantado y bajo el pretexto de probar los guisos, se ha introducido solo en la cocina, donde no creo que haya ejecutado lo que dice.

—¿Cobardel! exclamó Hidalgo con asombrosa indignacion.

—¿Con que creo que ahora ya no tocará vd., señor, esos guisos nacionales?

—¡Oh noble jóven! exclamó el anciano; Dios ha mandado á vd. para ser mi ángel de guarda sobre la tierra. Una noche ha llegado vd. á mi morada fatigado y herido, para dar el primer paso de una carrera que yo mismo temía emprender: Otra vez; he encontrado para penetrar en Celaya un enviado con una comision peligrosa, que ciertamente temía no hallar entre los hombres que me seguian, despues le he mirado á mi lado lo mismo en las horas del peligro que la desdicha, y por fin, en este momento acaba vd. de salvarme la vida. ¡Jóven hijo mio! entre mis brazos.

Gil Gomez se precipitó en los brazos abiertos del anciano exclamando entre lágrimas:

—Una noche he llegado miserable y herido á una casa; en ella me han dado pan y me han curado; por una travesura de niño me han elevado á un grado demasiado honorífico, han armado mi brazo para defender la mas santa de las causas

y juro morir antes que abandonar al hombre noble de quien tanto he merecido.

—Partámos, hijo mio, partámos en el instante y demos gracias á Dios por la merced que acaba de concedernos.

Y los dos salieron del aposento.

—¿Cómo, no almuerzan vds. antes de partir? exclamó el posadero al verles en el patio en actitud de viaje.

—Amigo mio, le dijo Gil Gomez en voz baja, procurando que los oficiales no le escucharan; sus platos de vd. están envenenados.

—¿Envenenados? exclamó el posadero dando un salto de sorpresa.

—Envenenados, sí, y cuide mucho de que nadie pruebe de ellos.

—¿Envenenados! exclamó estupefacto el ventero.

—Ha sido vd. víctima de un engaño, y en lo sucesivo aprenda á ser mas cauto con los viajeros que pagan adelantado el almuerzo de sus amigos.

Largo tiempo despues de que sus huéspedes hubieron partido, el posadero se quedó parado en medio del patio del meson, creyendo que era un sueño cuanto acababa de escuchar.

Derrepente corrió al cuarto y examinó sus guisos; habian tomado estos en efecto un color negruzco demasiado sospechoso que no estaba acostumbrado á observarles. Tomó en sus manos el plato y arrojó su contenido á uno de tantos de esos perros que pululan en todos las mesones.

El animal hambriento le devoró en un instante.

Pero no habia trascurrido ni un cuarto de hora, cuando sus facciones se contrajeron espantosamente, sus ojos giraron horribles y desencajados en sus órbitas. lanzó algunos ahullidos lastimeros de dolor, una convulsion contrajo sus miembros, su boca se cubrió de un espumarajo sanguinolento y cayó tieso sobre el suelo.

Hidalgo y Gil Gomez habian alcanzado al ejército antes de llegar al Venado.

—¿Qué deberemos hacer con ese hombre? habia preguntado Gil Gomez en el camino.

—¿Qué hemos de hacer? nada, dijo Hidalgo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo nada, señor, es decir que su crimen quedará impune?

—No hay contra él una prueba evidente y cualquiera disposicion que yo tomara en su contra, se podia calificar como un acto de crueldad.

—Pero.....

—Lo que se debe hacer ahora que ya nuestras sospechas se han confirmado, es no perderle de vista un solo momento, seguirle doquiera que vaya, capitán.

Gil Gomez se incorporó entre los oficiales, y pudo notar el efecto que la pronta llegada de Hidalgo causó sobre uno de ellos. Al ver al anciano, dió un salto de sorpresa, su rostro naturalmente pálido, se tornó livido, apretó los puños con rabia sobre el puño de su espada y aterrorizado casi, se apartó de los oficiales, aislándose cabizbajo y pensativo.

Gil Gomez se acercó á él y le dijo con fingido interés.

—¿Por qué tan triste, señor oficial?

El desconocido lanzó una mirada terrible al jóven y bajó la cabeza sin responderle.

—¿Por qué tan triste? cualquiera diria al ver á vd., que le ha acontecido una grave desgracia, continuó el jóven.

El desconocido ni se movió siquiera.

—Sí, una grave desgracia, como por ejemplo, ver desbaratado en un momento, un magnífico plan muy premeditado.

Esta vez el incógnito alzó vivamente la cara lanzando una rápida mirada á Gil Gomez; pero debió confundir la intencion oculta del jóven con su cara naturalmente maliciosa, porque se limitó á decir con un acento de irónico desprecio.

—Parece que somos algo chanceros, insolentados tal vez por la especial proteccion del señor Hidalgo.

—Y nosotros, parece que somos algo afectos á pagar adelantados los almuerzos de los amigos y á cuidar de que sean muy de su gusto.

El incógnito se estremeció como si hubiera pisado una serpiente, clavó una mirada terrible en el rostro del jóven y llevó

maquinalmente su mano á la culata de una de sus pistólas; pero despues reflexionando tal vez que no era aquel sitio el mas apropiado para lo que acababa de pensar, aparentó volver á recobrar su tranquilidad, mordiéndose sus delgados y pálidos lábios hasta hacerse sangre.

—Lo decia yo por lo de esta mañana, continuó con su tono zumbon el imprudente jóven que habia seguido con la vista sus menores movimientos.

—No sé, no entiendo lo que quiere vd. decir y creo que me toma por otro, dijo el caballero encogiéndose de hombros con aparente tranquilidad.

—No, yo jamas me equivoco y mucho menos en conocer á los buenos amigos. ¡Oh! para eso tengo un ojo y un tino admirables. Cuando á vd. se le ofrezca yo le daré una leccioncilla que le ha de ser muy provechosa.

Y, diciendo estas palabras Gil Gomez hizo un falso político saludo y corrió á incorporarse con Hidalgo.

El desconocido le siguió con la vista durante algun tiempo y cuando le hubo perdido, murmuró con tono colérico:

—Desgraciado, sin saberlo te has perdido y precipitado á un abismo; mis secretos son la muerte del que los llegue á descubrir. ¡Crees haberme confundido y aterrorizado con tu imprudente revelacion; pero no sabes que el amor de doña Regina en un frenesí capaz de convertir al hombre mas honrado en un asesino que destruye cuanto se le presenta como obstaculo para poseer á ese demonio de mujer.

Y don Juan volvió á caer en su acostumbrada sombría meditacion.

Esta vez Gil Gomez fué tal vez mas observado que observador; como don Juan lo habia dicho, el pobre jóven con su imprudencia acababa de labrar su ruina y sin saberlo se habia precipitado á un abismo.

El ejército dejó atrás á Matehuala llegando al Saltillo, para dirigirse desde allí á Chihuahua.

¡Ay! la traicion seguia y esperaba al noble anciano.

Una tarde Gil Gomez adelantó al ejército media legua para buscar alojamiento á Hidalgo. El camino que el jóven seguia